

## ÍNDICE

NI DIOSSES, NI AMOS, NI BANDERAS. Preámbulo, *Luis Díaz Viana*... 11

DE LO QUE FUIMOS, DE LO QUE SOMOS Y DE LO QUE  
PODEMOS SER. Una introducción a esta obra. *Javier Campelo Bermejo*... 15

1. De lo que fuimos... 17
2. De lo que somos... 18
3. De lo que podemos ser... 33
- BIBLIOGRAFÍA... 41

PATRIA Y NACIÓN. ENSAYO SOBRE UN EMBROLLO FILOSÓFICO-  
POLÍTICO. *Eduardo Gutiérrez Gutiérrez*... 43

1. ¿Por qué y para qué hablar de patria hoy?... 45
2. Prolegómenos... 50
  - 2.1. Definición lingüística... 52
  - 2.2. Definición etimológica... 54
  - 2.3. Definición filosófica clásica... 57
    - 2.3.1. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*... 58
    - 2.3.2. Nicolás Maquiavelo, *Discursos sobre la década de Tito Livio*... 59
    - 2.3.3. Montesquieu, *Del espíritu de las leyes*... 60
    - 2.3.4. Voltaire, *Diccionario filosófico*... 62
    - 2.3.5. Jean Jacques Rousseau, *El contrato social*... 64
3. Una salida hacia la reflexión sobre el significado... 66
4. Una aproximación antropológica: La patria y el otro... 73
5. La experiencia del desarraigo: La patria y el exilio... 80
6. Hacia una aproximación política... 86
  - 6.1. Dos posturas teóricas sobre la patria... 88
  - 6.2. Una aproximación socialista: ¿Patria y Mercado o Patria *against* Mercado?... 95
7. Patria y nación... 108
8. Sobre la posibilidad de una patria universal... 124
9. Conclusiones: Patria, nacionalismo e izquierdas... 132
- BIBLIOGRAFÍA... 151

ALGUNAS PATRIAS EN LA LITERATURA. *Javier Barrio González...* 155

- I. Cervantes y la libertad de conciencia... 159
- II. Machado y la patria que se hace... 175
- III. La pérdida de la patria. Literatura de los ex-patriados... 192
  - III.1. *Éxodo. Diario de una refugiada española*, de Silvia Mistral... 198
  - III.2. *Vida bilingüe de un refugiado español en Francia*. Rafael Alberti en el destierro... 203
- IV. Todas las patrias... 213
  - IV. 1. La Infancia... 214
  - IV. 2. Patria chica y Patria universal... 219
  - IV. 3. La lengua... 239
  - IV. 4. Kafka, la extrañeza y el padre... 242
  - IV. 5. La madre y otras patrias... 249
- BIBLIOGRAFÍA... 261

NI DIOSES, NI AMOS, NI BANDERAS. (PERO LA  
PATRIA COMO TODO AQUELLO CONTRARIO  
AL DESARRAIGO). Preámbulo

*Luis Díaz Viana*

Nos hemos acostumbrado ya a leer o escuchar negaciones tajantes sobre asuntos diversos. Rotundas frases que, en el fondo, apuntan hacia un mismo objetivo al que debilitar o presa que abatir: “no existe la literatura tal o cuál” (póngase el gentilicio que se quiera detrás); “no existe la identidad cultural”... Sin embargo, perviven las patrias. Patrias como territorio real al que unas gentes nacidas en él —o que han elegido como lugar de pertenencia— se sienten ligados. Patrias que, como indica su etimología, constituían “el solar de los antepasados”. Pero también, y sobre todo, patrias que consisten en algo contrario al desarraigo. La búsqueda —casi desesperada— de anclajes en una época de gran incertidumbre como la que hoy vivimos.

Patrias que son culturas, lenguas y paisajes en que reconocerse. Mito de orígenes. Espacio —tan imaginado como literal— construido desde la historia sobre cimientos jurídicos, políticos y sociales. Los negacionismos, tan en auge actualmente, a los que aludíamos al principio parecen insistir en la no existencia de identidades que sean inevitables o naturales. Y no se puede sino estar de acuerdo con que hay bien poco de natural en la creencia en una patria. La escasa o deficiente programación instintiva de nuestra especie hace que seamos animales que, para pasar verdaderamente a la categoría de humanos, necesitemos llenarnos o completarnos de cultura.

La identidad no es ninguna piel, si bien semeje esa ropa o traje que obligadamente habría que vestir para no quedarnos a la intemperie. Del mismo modo que la patria no equivale a una etiqueta o sello imborrables de los que nos resulte imposible escapar; pero sí que —como ha señalado más de un poeta— estamos abocados a aprender y repetir lo que, por nacer en una de ellas, digan las sombras inclinadas sobre nuestra cuna. Esa amalgama de palabras y saberes, ese repertorio abierto a los niños de las muy distintas maneras de concebir el mundo según cada cultura. La infancia como

patria de la que procedemos. Por lo que, no obstante, en esta era recién estrenada, en la cual se diría que los territorios se agrietan y borran hasta difuminarse, cumple —y se vuelve prácticamente indispensable— formular la siguiente pregunta: ¿es necesario, insalvable o conveniente seguir creyendo en patrias o imaginando el planeta parcelado en fronteras y dividido por banderas de colores?

Cabe concluir que no. Que, quizá, resultaría factible —y hasta recomendable— vivir sin patrias; tornar en realidad al sueño de una humanidad que supere las diferencias de cualquier clase, libre de limitaciones y en armonía. Que, de hecho, ya el mundo ha sufrido un proceso intenso de deslocalización, producto del triunfo del globalismo, abundando las “identidades de bricolaje” que uno mismo se confecciona con los retazos de sus experiencias, lugares en que ha residido, lenguas que ha tenido que hablar, etc. Aunque ¿acaso todo sería positivo si nos liberáramos de todas las patrias? O, más importante aún: ¿podemos liberarnos de la idea misma de patria sin reificar algo semejante con otro nombre? Se puede ser apátrida, como se puede ser ateo. Sí. Pero quien lo consigue ¿se librerá totalmente de buscar un anclaje de procedencia como el que proporciona toda patria o de adorar conceptos totalizadores que expliquen el mundo a modo de nuevas deidades? Porque en contra de lo que podría parecer no es fácil vivir “sin patria ni dios”, sino más bien al revés. Sin banderas nos sería demasiado arduo.

Lo que hay son diversos aspectos que suelen ligarse a la noción de patria: unos, resultarían prescindibles y, otros, no tanto. No pertenecer a una entidad política y territorial determinada no exime de experimentar la necesidad de sentirse parte de un grupo, de un colectivo, de un ¿pueblo? Aparquemos este término porque su polisemia nos llevaría demasiado lejos del tema que centra este libro. Y pongamos el foco en otra palabra que acaba de aparecer: sentir, sentimiento. Hay pueblos sin nación. Hay gentes sin patria. Sin religión. Sin ley. Mas no hay humanos sin cultura (si entendemos este vocablo en su sentido antropológico). Puesto que solo la cultura nos haría verdadera y completamente humanos.

Así que ¿equivala la identificación con una cultura a la identidad con una patria? Obviamente no. Y, si intentamos definir una patria, probablemente no pasemos de acumular palabras o conceptos que tienen que ver —más vaga o más directamente—

con ella. Uno se reconoce o se identifica con una cultura, pero no con una patria. Es un sentimiento lo que nos une a las patrias. Y los sentimientos no se definen; ni siquiera se describen. Se experimentan, se expresan, se manifiestan. Se puede vivir y matar por ellos. Eso es lo malo. No se podrá morir ni vivir sin —en ningún caso— tenerlos en cuenta. Todo el sentimiento de ser de una patria se inclina, además e irremediabilmente, hacia el pasado más que hacia el mañana.

Aunque eso ya apenas importa en momentos como los actuales; cuando el juego entre identificaciones y distinciones que caracteriza a la identidad tiene —a menudo— tanto o más de estrategia para singularizarse y otorgarse valor en el mercado de la globalidad como de reivindicación de unos ancestros o un territorio; cuando las utopías del pasado, la idealización de un ayer basado en una tradición que acaba siendo reacción, la invocación a la fe, la evocación de un ayer glorioso y mejor, el temor a todo lo nuevo y la enfermiza obsesión por un orden, por la continuidad de las jerarquías y de la integridad de los viejos lares no bastan para impedir la avalancha de cambios...

Tales concepciones o actitudes no han sido más útiles que las utopías de futuro con sus visiones alucinadas de un horizonte global, de una universalidad post nacional y una “humanidad post humana”, de un aglomerado de robots y humanos escapando de la gran catástrofe hacia Marte u otro planeta tras la autodestrucción de este, nuestra pobre tierra atribulada y, según dicen, en grave peligro de extinción. Nada de ello sirve como guía para moverse por el desolado panorama de hoy, agujereado por cráteres de crisis, envuelto en nieblas de pandemia. Un mundo con mascarilla y venda en los ojos del que no cabe huir, dado que no queda a dónde hacerlo.

Queda, no obstante, la reinención de nuestra propia Ítaca a la que regresar. Y el viaje que hagamos será bien en el espacio o en el tiempo. O ambas cosas. Queda retornar a la poesía. A los orígenes. Al mito. No fue la ley ni la religión, sino la poética de una mitología en que cabían todos los dioses lo que propició el milagro griego, la invención de la persona y la democracia. Queda visitar, por tanto, como hicieron los humanistas del Renacimiento, un mundo antiguo que, más allá de las ruinas, persistiría —de cierta forma— en el presente.

Queda elegir un lugar y un tiempo entre todos. Recuperarnos en la memoria con —y de— aquellos que sientan lo mismo o parecido a nosotros. Cuyos ojos descubrieran el mismo paisaje del mundo o tuvieran —como primer recuerdo— igual cosmovisión. Queda reconstruir la identidad.

No vernos extraños en ninguna parte. Sentirnos de una patria en todas las patrias.

27 de septiembre de 2020

*Tres Chimeneas*

Viana de Cega, Valladolid

*Luis Díaz Viana es Profesor de Investigación del CSIC. Centro de ciencias Humanas y Sociales. E investigador del Instituto Universitario de Estudios Europeos de la Universidad de Valladolid*

# DE LO QUE FUIMOS, DE LO QUE SOMOS Y DE LO QUE PODEMOS SER. Una introducción a esta obra

*Javier Campelo Bermejo*

## 1. De lo que fuimos

Desde que el hombre es hombre y se yergue sobre dos patas. Desde que sufre el dolor por la pérdida de un ser querido y surge en él la necesidad de enterrar el cuerpo para proteger la cápsula inerte y mantenerla más allá de la muerte. Desde que encuentra sentido a la vida y sobrelleva la pena o el miedo en la complicidad de una familia, de un clan, de todos aquellos que se encuentran en unas mismas circunstancias. Desde que se siente en casa —en el hogar— cuando se rodea de quienes le protegen, y a la vez empatiza con las preocupaciones y las necesidades de esos mismos y trata de ayudarlos. Es quizá entonces cuando podríamos comenzar a hablar del nacimiento de cierta noción de patria en el ser humano, ligada a la noción de pertenencia a una entidad de ordenamiento superior a sí mismo.

El ser humano es trascendente y encuentra su sentido funcionando como pieza de un engranaje u organismo mayor y no siendo esqueje solitario; de tal forma que lucha por perdurar, por ignorar la muerte o mitigarla y que esta no sea “tan” absoluta. Busca que sus actos se recuerden, dar sentido a los mismos en torno a algo —sea tradición, sea costumbre, sea mejora social— y para algo o alguien, y convertirse de esta manera en un vínculo entre la herencia recibida de sus antepasados y el legado a sus descendientes.

El concepto de patria, el respeto que ello provoca, su intangible pero absoluto valor en el mundo de las ideas persigue encontrar la misma respuesta que trató de hallar aquel homínido que un día sintió una punzada al tener que dejar atrás a un padre, hermano o camarada recientemente fallecido. La necesidad de encontrar un camino hacia la realización pertenece a ese ensueño indefinido que llamamos “sentido de la vida”, que llega hasta nosotros como un eco ancestral a través de una galería excavada en la roca.

Como veremos en posteriores capítulos, el concepto de patria responde a muy diversas comprensiones del universo y de la vida.

# PATRIA Y NACIÓN. ENSAYO SOBRE UN EMBROLLO FILOSÓFICO-POLÍTICO

*Eduardo Gutiérrez Gutiérrez*

## 1. ¿Por qué y para qué hablar de patria hoy?

En la tarea del filósofo hay un afán de claridad y distinción<sup>1</sup> que me obliga a justificar ante el lector y ante mí mismo la intención con que emprendo esta investigación. Este afán, a mi parecer, debería ser el antecedente biográfico que, como en el *Discurso del método* cartesiano, inaugure todo proyecto filosófico. En esas, me encuentro ante la necesidad de justificar por qué *hoy* un filósofo decide emprender una investigación sobre la patria, cuestión presente en el discurso político y en la opinión pública (sin que esta identidad parlamentario-sociológica sea motivo de jolgorio ni óbice para la esperanza, por cuanto no es, ni mucho menos, completa ni definitiva). Ante la necesidad, al fin y al cabo, de darle valor a un proyecto personal que suma cuantitativamente a un grueso cuerpo teórico en torno a la idea de patria que amenaza, pasado ya el complejísimo siglo XX, con desbordar la formalidad de sus límites.

Creo más importante ahora que nunca, en pleno proceso de atomismo social y de auge de nacionalismos rupturistas, que nos hagamos cuestión de la idea de patria, de lo que significa y de lo que puede significar para el futuro de las naciones. Porque en nuestra vida cotidiana nos topamos con conceptos e ideas que aceptamos tal cual se nos ofrecen al entendimiento, sin reconocer su confusión más o menos intencionada, tenemos la obligación moral y epistemológica de *triturarlas* con la frecuencia que nuestras circunstancias y proyectos intelectuales nos permitan. Sé bien, como acabo de indicar, que este artículo aportará simplemente un plus cuantitativo a los muchos escritos que se ocupan de la cuestión

<sup>1</sup> Una idea clara y distinta, noción que Descartes toma de la tradición escolástica, es aquella que permite distinguir su objeto de referencia de los objetos limítrofes, así como las diferentes partes que componen ese objeto. De acuerdo con la tradición escolástica, un concepto claro y distinto es aquel que se puede distinguir respecto de conceptos limítrofes, y respecto de sus partes internas.



la apropiación de *lo propio* en el retorno a *lo hogareño*, porque es el fundamento mismo del reencuentro con *lo propio* ausente, esto es, de la vuelta a lo que se es propiamente:

El viaje emprendido es en esencia circular: se parte de lo hogareño, de lo que no ha sido aún “apropiado”, hacia lo extraño que, ontológicamente considerado, es la fuente de la partida, porque es lo que permite originariamente “presentir” la propia singularidad y pertenencia a “un mundo”. En el encuentro con lo otro y “su mundo” —re-encuentro en el sentido estricto— experimentamos con mayor vigor y claridad la presencia de la tierra natal; hallamos lo que siempre ha estado con nosotros y que, en tal sentido, ha sido también la motivación para emprender el viaje. Por esta razón, porque siempre hemos estado en ella y la hemos encarnado, aun en tierras extrañas, retornamos a la tierra natal<sup>28</sup>.

De Heidegger pasamos a María Zambrano. La idea de generación está en Zambrano íntimamente ligada a la idea del destierro, y ambas a la idea de la patria. Siguiendo la corriente orteguiana del generacionismo, de acuerdo con la cual la generación es una realidad originaria que sirve como clave hermenéutica para la comprensión del proceso histórico por cuanto es lo previo y constitutivo de las formas ideales que explican y caracterizan cada época, entiende Zambrano la generación como una unidad cultural con ritmo y estilo propios.

Las generaciones, piensa Zambrano yendo más allá de Ortega y apelando a una especie de metafísica de la vida humana, son la sustancia de cada periodo histórico. Participar en una generación es cobrar conciencia de la propia individualidad formando parte de una identidad histórica superior: la generación como una patria, o más concretamente como el suelo para la construcción de una identidad patriótica. Es en razón de la conciencia de generación que el individuo se ve reconocido en *los otros*, que ya no son otros ajenos sino iguales, compadres y comadres, y convive con ellos.

<sup>28</sup> ROCHA DE LA TORRE, Alfredo, “Retorno al hogar y reconocimiento del otro en la filosofía de Martin Heidegger”, *Actas del IV Coloquio Latinoamericano de Fenomenología*, 2009, 3, pág. 670.

De lo expuesto en este apartado quiero sacar dos conclusiones:

La primera, que la patria implica o ha de implicar una visión del *otro* (el extranjero, el que viene de otra patria, se entiende) como un igual, es decir, como un *tú*, o cuanto menos como un *nosotros anterior* del que nos distanciamos por cuestiones territoriales, económicas, históricas o políticas. Pero ello no quita para reconocer en *el otro* una identidad común, una profunda igualdad de derechos que nos permite transitar patrias, explorar culturas y estudiar estructuras de derecho sin que ello nos convierta en *el otro bárbaro*, lo cual considero la completa deshumanización de lo humano (*el otro bárbaro* es *el otro* a quien no se le reconocen derechos, ni libertad, ni identidad particular o colectiva, el límite de nuestro campo antropológico).

Y la segunda, que en la salida a *lo otro* es como nos encontramos con nosotros mismos, con nuestra *generación* y con nuestra patria; con *lo hogareño*. Podríamos decir, remitiendo a la experiencia del exilio, que sin la nostalgia por *lo propio* que se siente en *lo otro* no hay verdadero arraigo en *lo propio*, o dicho de otro modo, sin *lo extraño* no se siente *lo propio* como propio. Necesitamos distancia para encontrar *lo propio*, lo natal, la patria, porque es desde la distancia, desde la diferencia, como diría Simmel, desde donde nos reconocemos y desde donde comenzar la construcción de nuestro *yo* como “cruce de caminos”. Según Simmel, “[...] no somos sensibles para la cuantía absoluta de la excitación, sino para la diferencia entre esta de ahora y la anterior”<sup>29</sup>. O, de una forma más explícita: “El hombre es un ser de diferencia; es decir, su conciencia es estimulada por la diferencia entre la impresión del momento y la anterior”<sup>30</sup>. De acuerdo con esta tesis, cuyo antecedente podemos fijar en la “ley de las energías específicas” de Johannes Müller (1838), percibimos el mundo según las diferencias entre impresiones, y no las impresiones mismas. Cuantas más impresiones nos salgan al paso y más fugaces sean las distancias entre ellas, como según Simmel sucede en la gran ciudad (piensa en Berlín, en París, Nueva York o Londres, aunque podemos extenderlo a Madrid, Tokio, Pekín, etc.), el aparato sensitivo y cognitivo del individuo acaba por estallar, por ser

<sup>29</sup> Nietzsche y Schopenhauer, 2005, pág. 161.

<sup>30</sup> Las grandes ciudades y la vida intelectual, 1978, pág. 12.

incapaz de reconocer diferencia alguna. Dicho en román paladino: se han fundido los plomos. La idea del hombre como “ser de diferencia”, o dicho de otro modo, la tesis de que el aparato perceptivo y cognitivo del ser humano capta diferencias entre impresiones, está también presente en la psicología de la *Gestalt* (psicología de la forma) que se desarrolla en Alemania a comienzos del siglo XX. El experimento de las gallinas y los cubos de comida realizado por el psicólogo Wolfgang Köhler es un buen ejemplo de cómo la captación de impresiones no se realiza en absoluto (captamos una impresión por sí misma) sino en su relación con el resto de impresiones.

## 5. La experiencia del desarraigo: La patria y el exilio<sup>31</sup>

“Yo no concibo mi vida sin el exilio; ha sido como mi patria o como una dimensión de una patria desconocida, pero que, una vez que se conoce, es irrenunciable”  
María Zambrano, *El exilio como patria*

Como decía, los hay que están a favor o en contra del patriotismo, los muy patrióticos y mucho patrióticos y los menos apegados a cuestiones que consideran banales, arcaicas. Pero tanto los unos como los otros, en sus discursos a favor y en contra de la patria, defienden, alegan, legitiman una idea de *comunidad*, tal y como la presentaremos en el capítulo sexto del presente estudio, que si no es idéntica a la de patria al menos se le parece bastante. Lo que quiero decir es que encuentro una necesidad bien arraigada a nuestros instintos y a nuestra voluntad de darnos para nosotros, dependiendo de nuestra estructura anímica o sensibilidad vital (en el sentido orteguiano, y por esto también depende *entorno vital*, que potencia o denigra el pulso vital), un *lugar* en que sentirnos a gusto, donde ser felices.

Reflexionando sobre la vinculación de la patria con la felicidad me topé con la idea del exilio: ¿Cuándo se nos hace manifiesta la necesidad de *crearnos* una patria? Cuando nos quedamos sin ella, es decir, cuando somos arrojados a la fría soledad del exilio. Eso sí, y esto hay que aclararlo, del exilio forzoso, obligado por las cir-

<sup>31</sup> Es interesante en este punto no perder de vista el apartado que Javier Barrio González ha realizado sobre el exilio en la parte de literatura de esta misma publicación

cunstances del país de origen o de la situación personal de cada uno (si es que acaso hay otro tipo de exilio).

Es curioso que prácticamente todos los autores que he incluido en este estudio y que hablan sobre la idea de patria han estado en algún momento de su vida irremediablemente condenados al exilio. Igual que en la oscuridad reconocemos la forma y la intensidad de la luz, en la ausencia de patria reconocemos todo lo que nos hace falta (algo parecido, pero desde la perspectiva de la filosofía de la religión, definiendo con la “teoría del hueco”, de acuerdo con la cual construimos el concepto de Dios de acuerdo con lo que sabemos que no es; dicho de otro modo, Dios es el “hueco”, la incógnita a la que las ciencias todavía no han sabido dar respuesta. Una esencia vacía que confirma, aparentemente, su existencia. Aunque el solo vacío de su esencia ya debería alertarnos sobre la imposibilidad de su existencia: la idea de Dios es irrealizable, ergo Dios no *puede* existir); ya lo hemos visto con Heidegger: *lo propio* se descubre, en su más profunda significación, en *lo otro* o *lo lejano*.

También podemos pensar, gracias a la tradición cristiana y judía, que todos pertenecemos a una patria universal (recordemos la patria celestial de la que hablamos en el punto dos) y que, en consecuencia, somos seres exiliados que caminan hacia su verdadero *hogar*: “En la entraña misma de nuestro ser está la idea que procede de la cultura griega y de nuestra fe judeo-cristiana de que somos seres exiliados, que vamos de paso hacia la patria verdadera, que nos espera más allá de la muerte<sup>32</sup>”. Siempre soñamos con volver a Ítaca, la patria pretérita que nos espera, al lugar en que se vivió bien y feliz (el recuerdo platónico de una existencia anterior y plena). Pero tal sueño es solamente eso, sueño, utopía, y el retorno siempre se nos presenta imposible. Porque sucede que, al volver a los lugares donde uno fue feliz, cuya forma y geometría guardamos en el recuerdo, nos encontramos con un espacio vacío que nos hace bola en la garganta (signo inequívoco de un sueño irrealizable). Allí solo quedan las aristas desgastadas y oxidadas de un pasado mejor, aunque idealizado por el efecto de la *distancia*.

Pero vamos a lo que verdaderamente importa. Anhelamos la patria cuando estamos lejos de ella, cuando nos sentimos *extraños* y no encontramos nada que nos traiga el recuerdo de *lo propio*. El

<sup>32</sup> ORTEGA MUÑOZ, Juan F., Introducción a *El exilio como patria*, 2014, pág. 31.

estallido colectivo e individual de patriotismo se produce siempre cuando la comunidad se ve amenazada, o cuando un acontecimiento excepcional obliga a su abandono. La invasión y el exilio son los dos males de la patria, aunque no debemos olvidar, en un contexto colonial, el efecto de la tiranía imperialista, ni el de la corrupción orgánica. Buen ejemplo de ello son los casos de los exiliados españoles tras la guerra civil, escritores y profesores que se refugiaron en Sudamérica y que desde allí, desde *lo extraño*, no dejaron de pensar en ningún momento en España y en el hispanismo (la experiencia de *lo propio* desde *lo extraño* empujó a Francisco Ayala a preguntarse, desde Buenos Aires, “¿Para quién escribimos nosotros?”<sup>33</sup>).

La lista de filósofos exiliados es infinita, sobre todo si nos centramos en el siglo XX y en el acontecimiento dramático del Holocausto (*Shoá*), punto de inflexión para el pensamiento occidental y evidencia de la decadencia racionalista de un siglo que creo oportuno definir como “quebrado”. De todos ellos quiero centrarme en uno, Theodor Adorno, y en una de sus obras, *Minima moralia*, de 1951. Si el título de la obra citada puede llevarnos a confusión no lo hará el subtítulo: *Reflexiones sobre la vida dañada*. La “vida dañada” es la vida de quien ya no tiene vida o no le encuentra sentido, la vida quebrada dentro de un siglo quebrado, la vida sin asideros teóricos sólidos sobre los que sostenerse; es la vida a cuyo estudio dedica Adorno una “ciencia melancólica” en contraposición con la “gaya ciencia” de Nietzsche. Digamos que la “vida dañada” es la vida del intelectual en el exilio, forma alienada de vida por cuanto es la vida de quien se ha *extrañado* de sí mismo, esto es, de *lo propio* que le completa y significa. “Todo intelectual en el exilio, sin excepción, lleva una existencia mutilada, y hará bien en reconocerlo si no quiere que se lo hagan saber de forma cruel desde el otro lado de las puertas herméticamente cerradas de su autoestimación<sup>34</sup>”. Solamente el aislamiento puede salvarle, porque su participación en los procesos sociales y políticos del país extranjero (en el que es extranjero) pueden destrozarle la intimidad, así como la conciencia de su identidad.

<sup>33</sup> MAINER, José Carlos, “España desde el exilio republicano de 1939”, *Ibidem*, págs. 1070-1088.

<sup>34</sup> ADORNO, Theodor, *Minima moralia. Reflexiones desde la vida dañada*, 2004, p. 37.

La nostalgia por la tierra natal produce dolor. Pero este dolor no es producido tanto por la distancia del *hogar*, es decir, por el desarraigo de lo que está lejos, sino por el arraigo al hogar que nos acompaña en su ausencia. No es un dolor motivado por lo dejado atrás, sino por lo que se viene con nosotros bajo la forma de su ausencia. La *huella* de la presencia de *lo propio*. O volviendo a la “teoría del hueco”, es el hueco de nuestro hogar lo que nos acompaña y define nuestra situación de exilio. Es un dolor motivado por el arraigo, no por el desarraigo: “la nostalgia es la forma como experimentamos la lejanía de lo más cercano o la cercanía de lo que se encuentra lejano<sup>35</sup>”. El arraigo, tal y como lo define Heidegger, es el presupuesto de la superación de los límites que han sido establecidos por la frontera de *lo propio*. En el arraigo rebasamos las fronteras hacia *lo propio* desde *lo extraño*, anulándolas. Suspendemos la distancia trayendo con nosotros el vacío de lo añorado, que supera la distancia en la experiencia misma de la nostalgia.

Heidegger desarrolla esta idea del reconocimiento de *lo propio* desde *lo extraño* en un comentario al poema de Friedrich Hölderlin *Retorno a la patria / A los parientes (Heimkunft / An die Verwandten)*, en el que el poeta narra su experiencia de vuelta al hogar.

Hölderlin comienza el poema con un tono alegre, exaltando el paisaje que encuentra a su alrededor, así como el éxtasis por la vuelta a la patria y por el reencuentro con sus parientes (o compatriotas). Pero el poema finaliza con un muy diferente tono de negación que nada dice de la alegría inicial y de la delicia por la vuelta a *lo hogareño*. Por qué, se pregunta Heidegger. Porque la llegada a la patria no significa el retorno a la patria; es decir, que llegar no es volver sino comenzar el regreso: “Por eso el que llega sigue siendo todavía alguien que busca. Solo que lo buscado le sale ya al encuentro. Está cerca. Pero lo buscado todavía no está encontrado, si ‘encontrar’ significa apropiarse el hallazgo, para habitar en él como en lo propio<sup>36</sup>”. El retorno a la patria es un *ya*, pero todavía no. Lo propio de la patria o de *lo hogareño* es el acontecer mismo del hogar en la búsqueda del hogar. La patria se busca desde *lo extraño*, sí, pero no en el anhelo de la patria sino en la conciencia misma de encontrarse *ya* en *lo hogareño*. Para volver a

<sup>35</sup> ROCHA DE LA TORRE, Alfredo, *Ibidem*, pág. 664.

<sup>36</sup> HEIDEGGER, Martin, *Retorno a la patria*, 1983, pág. 36-37.

la patria hay que estar preparado para la patria, hay que sentirse en ella y llamado a ella; “conocer de antemano lo más propio y lo mejor de la patria<sup>37</sup>”.

En la misma línea María Zambrano defiende que en el exilio, aun con todo el dolor y la humillación que puede traer consigo, hay algo de revelación; algo inefable y sacro que nos muestra lo que somos. Y una revelación, según la piensa Zambrano, no es sino un desvelamiento del ser que se articula en varios momentos. La primera revelación o el primer momento es el acabamiento del yo: el yo muere cuando mueren las circunstancias que le acompañan y condicionan; una vez que uno es consciente de que ya no hay más patria, es consciente también de que ha perdido algo de sí, de que se ha muerto un poco. La patria se hace equivaler aquí a la idea orteguiana de “circunstancia” como “lo otro que nos completa”, lo que nos da sentido o sin lo cual perderíamos todo sentido. El exiliado no es ya él mismo, como si se le hubiera borrado un pedazo de su identidad: “Ese que anda fuera de sí al andar sin patria ni casa<sup>38</sup>”. Por eso le reconocemos un andar lento, sin prisa, porque no tiene un destino hacia el cual dirigir sus pasos. El exilio significa salir de donde se estaba, de donde se vivía, esto es, de una situación que le era propia al exiliado, y que le ha sido arrebatada. Por eso se siente completamente solo, porque le ha sido arrancado algo de sí mismo, su ámbito, su patria. Y siempre buscará, desde ese espacio sin lugar que es el exilio, la vuelta a su patria. El exiliado, “ese que vive en el aire —del aire también— y es al par un enterrado vivo<sup>39</sup>”.

En el exilio también se nos revela el ser individual como ser colectivo de sentido histórico. Porque el exiliado es quien se ha salido de la historia (quien rompe con su generación, agente histórico según la teoría de las generaciones de Ortega, que Zambrano retoma), y desde ahí, desde la orilla, la observa toda de un golpe de vista. Es en la orilla de la historia, en el *apeadero del conocimiento*, desde donde se puede descubrir la verdadera Patria, que es la propia Historia como lugar del acontecer del ser humano: “El exilio es desde luego el lugar privilegiado desde el que la Patria se descu-

<sup>37</sup> *Idem*.

<sup>38</sup> ZAMBRANO, María, *El exilio como patria*, 2014, pág. 37.

<sup>39</sup> *Ibidem*, pág. 32.

bre<sup>40</sup>". De esta manera el exiliado transita de la patria perdida a la patria ideal (recuerdo de la patria perdida), y de esta a la Patria, a la verdadera patria de la humanidad. "Cuando ya se sabe sin ella, sin padecer alguno, cuando ya no se recibe nada, nada de la patria, entonces se le aparece<sup>41</sup>". Pero no solo nace en el exilio, sino que la Patria o patria verdadera es la que crea el exilio como lugar para su surgimiento: "Antes del inicio de la historia humana, allá en el Paraíso, sucedió lo que había de convertir a todo hombre a un exiliado: la expulsión en vista de la transgresión cometida por los primeros Padres, Adán, el hombre entero y verdadero, y Eva, extraída de su costado<sup>42</sup>".

Es importante el cambio de significación que Zambrano le da a la idea de patria, que ella misma explica, y que nos ayuda a entender la idea del exilio: "La Patria es una categoría histórica, no así la tierra ni el lugar. La Patria es lugar de historia, tierra donde una historia fue sembrada un día y cuyo conocimiento más que el de ninguna otra historia ha sido atropellado<sup>43</sup>". Y es que la verdadera patria, la Patria, es la Historia, lugar natural del ser humano, donde se hace y donde se entiende a sí mismo: "Un mínimo de continuidad es indispensable para que la historia sea historia humana y para que la patria propiamente exista, para que la patria sea patria y no un lugar 'ocupado' por lo que llegan en virtud de la fuerza o en virtud de la fuerza de la edad<sup>44</sup>".

Hay otros tantos filósofos que han reflexionado sobre la patria desde el exilio. Encontramos un nutrido grupo de filósofos alemanes de mediados de siglo XX, pertenecientes al *Zeitgeist* europeo de 1914, de la Gran Guerra, todos ellos influidos de cerca por la figura de Georg Simmel, el *flâneur* de la filosofía académica. De ellos me voy a quedar con Siegfried Kracauer, quien en *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas* dice esto sobre el exilio: "El verdadero modo de existencia del exiliado es el del extranjero. De manera que puede ver su existencia anterior con los ojos de alguien "que no es de la casa". Y así como es libre para salir de

<sup>40</sup> *Ibidem*, pág. 35.

<sup>41</sup> *Ibidem*, pág. 47.

<sup>42</sup> *Ibidem*, pág. 51

<sup>43</sup> *Ibidem*, pág. 47.

<sup>44</sup> *Ibidem*, pág. 10.



## ALGUNAS PATRIAS EN LA LITERATURA

*Javier Barrio González*

“... sueño con el día en que podré llamar ‘patria’ a todo el Oriente Próximo, igual que llamo así a Líbano, a Francia y a Europa, y ‘compatriotas’ a todos sus hijos, musulmanes, judíos y cristianos de todas las denominaciones y de todos los orígenes.”

Amin Maalouf, *Las identidades asesinas*

Aunque sea evidente, conviene recordar que las palabras no son signos rígidos que mantengan sus significados inalterables, sino que van estos cambiando con el paso del tiempo. No son indiferentes, pues, a la mentalidad y a la concepción de la realidad de las sociedades y los pueblos que las usan en un determinado momento. En este que estamos viviendo, la palabra que nos ocupa, “patria”, es protagonista de discursos que la emplean a un mismo tiempo como escudo protector de lo propio y arma arrojada contra lo distinto y lo diverso. Sorprende la vehemencia con la que muchos defienden algo tan ajeno a la propia voluntad, a los méritos o merecimientos, y tan sujeto, por el contrario, al más puro azar, pues uno no elige ni merece dónde nace ni a qué patria pertenece.

Esta concepción tan sectaria y excluyente de la realidad, tan alejada de toda razón, no es, lamentablemente, exclusiva del mundo de hoy. La historia es rica en ejemplos de enfrentamiento, sufrimiento y muerte por defender lo que creemos que nos separa de los otros. En ese equipaje de lo propio frecuentemente viajan la religión, la raza, las ideologías y la patria. El diálogo, mejor remedio contra todos estos males, ha estado y está ausente en las relaciones entre las diferentes comunidades, pues el hombre se siente más cómodo en las dinámicas simplificadoras del dominador y el dominado, del leal y el traidor, del afín y el contrario.

Pronto le cederemos la palabra a algunas voces de nuestra literatura, también de la universal, para arrojar algo de luz sobre cuestión tan compleja como a la que pretendemos acercarnos en

tales ocasiones uno se echaba en la cama y lloraba de felicidad, y llora ahora otra vez, al escribirlo.

Sin embargo es el sentimiento de la frustración el que todo lo invade y arrasa con la voluntad del hijo, con su confianza, dejándole una insistente necesidad de huida, de escape de esa esfera tóxica y asfixiante del hogar familiar, pues incluso la madre —cuya presencia pudiera haber sido la contrapartida al padre o una vía de solución del conflicto— y su relación con el hijo, están completamente mediatizadas por la omnipresencia del padre:

Uno se volvía un niño gruñón, desatento, desobediente, con la mente puesta siempre en la huida, casi siempre huida interior.

Entre nosotros dos no ha habido combate propiamente dicho; yo fui eliminado en seguida. Lo que quedó fue huida, amargura, duelo, lucha interior.

Si quería huir de ti, tenía que huir de la familia, incluso de la madre.

En aquella siempre se podía encontrar protección, pero siempre quedaba todo en relación contigo.

En definitiva, recurriendo a la plástica imagen de un mapamundi, el escritor checo Franz Kafka le confiesa a su progenitor la trágica y paradójica circunstancia de no poder hallar su patria sino allí donde él no llega con su omnímoda influencia:

A veces me imagino un mapamundi completamente desplegado y a ti extendido transversalmente sobre él. Y entonces me parece como si yo solo pudiese vivir en las zonas que tú no cubres o que no están a tu alcance. Y, conforme a la idea que tengo de tu tamaño, esas zonas no son ni muchas ni muy acogedoras y, concretamente, el matrimonio no se encuentra entre ellas.

No, no hubo patria posible en este mundo para Franz Kafka, cuya literatura acertó a expresar con maestría el sentimiento de extrañeza y orfandad que el ser humano siente en un mundo que parece haberlo expatriado desde su mismo nacimiento. Un vasto territorio de ambigüedad y misterio se extiende por todos sus relatos y novelas y se resiste a ser revelado.

#### IV. 5. La madre y otras patrias

Hemos visto cómo Kafka no pudo edificar su vida sobre la estabilidad que los cimientos de la figura paterna ofrecen al niño, que vaga desterrado de la tierra patria. También hemos visto la imposibilidad de buscar en la madre esas pertenencias con las que ir construyendo una identidad segura, por llegar el influjo negativo del padre a envolver y fagocitar la relación del hijo con ella. Pero pese al fracaso de Kafka, podemos asegurar que la madre también es una patria. Ella es la matriz, el verdadero origen, de ella venimos y un hilo invisible a ella nos mantiene unidos. La madre no está en la etimología, pero es cierto que “patria” es palabra de género femenino, y que la patria ha sido frecuentemente invocada como “madre patria”. En femenino se expresan también “casa”, “tierra” y “hospitalidad”. Lo que tiene, pues, de acogida, la patria lo expresa con voces femeninas, con el género de la madre. Si negativa fue, por oposición y fracaso, la figura del padre para Kafka, para Pessoa lo fue la de la madre, pero esta vez por su temprana ausencia:

No recuerdo a mi madre. Murió cuando yo tenía un año. Todo lo que hay de disperso y duro en mi sensibilidad nace de la ausencia de ese calor y de la saudade inútil de los besos de los que no tengo memoria. Soy postizo. Me desperté siempre contra pechos ajenos, arrullado por vías secundarias.

¡Ah, es la saudade del otro que yo podía haber sido lo que me dispersa y sobresalta! ¿Qué otro sería yo si me hubiesen dado cariño desde lo que viene en el vientre hasta los besos de la carita menuda?

Tal vez la saudade de no ser hijo sea en buena parte responsable de mi indiferencia sentimental. La que, siendo niño, me apretujó contra su cara, no me podía apretujar contra su corazón. Esa estaba lejos, en una tumba —esa, la que me habría pertenecido, si el Destino hubiera querido que me perteneciese.

Me dijeron, más tarde, que mi madre era bonita, y cuentan que, cuando me lo dijeron, yo no dije nada. Era ya mayor de cuerpo y alma, desentendido de emociones, y el hablarme no constituía todavía una noticia de otras páginas, difíciles de imaginar<sup>50</sup>.

<sup>50</sup> *Op. cit. Libro del desasosiego...*

Si bien igual de determinante en la formación del carácter del joven, las palabras del escritor portugués desprenden otra tristeza, no impregnada en este caso por el resentimiento y la rabia, sino por la nostalgia y la melancolía de lo que no pudo ser. En el recuerdo de la madre el dolor tiene otro aroma, otra suavidad. En un hermoso poema Vicente Aleixandre se siente habitáculo donde su madre, muerta en 1934, siendo el poeta aún muy joven, reposa, amorosa, y le habita. Frente a la intemperie del camino de la vida, la madre ofrece un refugio, una dulce patria para descansar:

A veces, sentado, después de la larguísima jornada, en  
el largo camino, me tiento y casi te reconozco.  
Dentro estás, dormida allí, madre mía, desde hace tantos años,  
tendida, amorosamente sepultada, intacta en tus bordes.  
Y ando, y no se me nota. Y digo, y tampoco.  
Como el casco de una metralla incrustado en el ser  
allí vive y, quedado, no se conoce,  
así a veces tú, queda en mí, dentro de mí vivir me acompaña.  
Pero nuevo esta mano, y no te recuerdo.  
Y pronuncio unas palabras de amor para alguien, y parece  
que lo que allí dentro está no las roza cuando las exhalo.  
Y sigo y camino, y padezco y me afano,  
siempre yo estuche vivo, caja viva de tu dormir, que mudo  
en mí llevo.

Pero a veces he sufrido y camino de prisa, y he tropezado  
y rodado, y algo me duele.  
Algo que llevo dentro, aquí, ¿dónde?, en tu sereno vivir  
en mi alma, que blando se queja.  
Oh, sí, cómo te reconozco. Aquí estás. ¿Te he dolido?  
Hemos caído, hemos rodado juntos, madre mía serena,  
y solo te siento porque me dueles.  
Me dueles tú como una pena que mitigase otra pena,  
como una pena que al aflorar anegase.  
Y tu blando dolor, como una existencia que me hiciese  
bajar la cabeza hacia tu sentimiento,  
se reparte por todo yo y me consuela, oh madre mía, oh  
mi antigua y mi permanente, oh tú que me alcanzas.

Y el otro dolor agudo, el del camino lacerante que me aturdió,  
blandamente se suaviza como si una mano lo apaciguase,  
mientras todo el ser anegado de tu blanda caricia de pena  
es conciencia de ti, caja suave de ti que me habitas<sup>51</sup>.

Lugar de acogida, la madre. Otro poeta, José Ángel Valente, le  
jura fidelidad y memoria a la que le dio y le ofreció tanta vida:

Tú anudabas la vida con la vida y yo puedo dar fe de cómo fui  
acogido en tu anchura materna y en ti otra vez reengendrado:  
madre.  
Me diste lo mejor de cuanto tengo. Te seré fiel. Le seré fiel.  
Como a todos los tuyos.  
Ahora tus cenizas se van al agua, al aire, al ancho mundo.  
Tú quedas encendida en la memoria<sup>52</sup>.

No solo la madre puede ser una patria, también la patria puede ser  
una madre, como muestra el argentino Jorge Luis Borges: “España  
/ madre de ríos y de espadas y de multiplicadas generaciones, /  
incesante y fatal<sup>53</sup>”. Muchos han recurrido a esta imagen personi-  
ficada de la madre para cantarle al país, a la patria. Ya recordamos  
en otro capítulo a Alberti pasando en barco desde Buenos Aires  
hacia Roma, frente a las costas de España:

Dime adiós, madre, como yo te digo,  
sin decírtelo casi, adiós, que ahora,  
ya otra vez solo mar y cielo solos,  
puedo vivir de nuevo, si lo mandas,  
morir, morir también, si así lo quieres<sup>54</sup>.

Pero hay otras patrias. Antes hablamos del padre como patria y  
es el encuentro de la tumba del suyo en Francia lo que le lleva a  
Albert Camus a los recuerdos y reflexiones de *El Primer hombre*.

<sup>51</sup> ALEIXANDRE, Vicente, *Nacimiento último. Historia del corazón*, Biblioteca Nueva, Madrid 2001.

<sup>52</sup> VALENTE, José Ángel, *Poesía completa*, Galaxia Gutenberg, S.L., Brcelona, 2014

<sup>53</sup> BORGES, Jorge Luis, *Antología poética 1923-77*, Alianza Editorial, Madrid, 1981

<sup>54</sup> Consúltese capítulo “La pérdida de la patria”, en este mismo estudio.

Ante la tumba del progenitor, Camus cae en la cuenta de ser ya mayor que el hombre que yace ahí sepultado y que es su padre. Y fue este padre quien descubrió otra patria, que lo ha sido para muchos desaparecidos en conflictos y crímenes masivos durante el trágico y sangriento siglo XX. Esa patria es el olvido:

Silenciosos y apartados de todo, como muriera su padre en una incomprensible tragedia, lejos de su patria carnal, después de una vida enteramente involuntaria, desde el orfanato hasta el hospital, pasando por el casamiento inevitable, una vida que se había construido a su alrededor, a pesar suyo, hasta que la guerra lo mató y lo enterró, en adelante y para siempre desconocido para su familia y para su hijo, *devuelto él también al vasto olvido que era la patria definitiva de los hombres de su raza*, el lugar final de una vida que había empezado sin raíces, y tantos informes en las bibliotecas de la época sobre la manera de emplear en la colonización de ese país a los niños abandonados, sí, aquí todos eran niños abandonados y perdidos que edificaban ciudades fugaces para morir definitivamente en sí mismos y en los demás<sup>55</sup>.

Por otro lado, para otros muchos la patria tiene connotaciones sagradas, es otro Dios al que rendir culto o es el mismo Dios en que uno cree la patria que lo acoge y ofrece un sentido. Jacques-Auguste de Thou abre su inmensa *Historia de su tiempo* del siguiente modo:

Es una máxima que he recibido a través de la tradición hereditaria que, después de lo que le debo a Dios, nada debería ser más querido y sagrado para mí que el amor y respeto que profeso a mi patria, y que debería hacer que todas las demás consideraciones se supeditaran a ella. He trasladado este sentimiento a la administración de todos los asuntos, con la convicción, según el pensamiento de los clásicos, de que la patria es una segunda divinidad, de que sus leyes emanan de Dios, y de que aquellos que las violan, amparándose bajo cualquier pretexto religioso, son sacrílegos y parricidas<sup>56</sup>.

<sup>55</sup> *Op. Cit. El primer hombre.*

<sup>56</sup> Es importante tener en cuenta el contexto político y religioso en el que la obra fue escrita, en medio de las tensiones propias de las guerras de religión de la segunda mitad del siglo XVI y en un momento clave en la formación de los estados-nación en

En otros casos se da la paradoja de que la mejor patria es precisamente carecer de ella. En su carencia reside la verdadera libertad y el sosiego espiritual de quien no tiene lastres ni ataduras y puede volar ligero. Libre de cualquier apego terrenal y temporal, Rilke proclama en uno de sus *Poemas Tempranos*:

Esta es la nostalgia: habitar en la onda  
y no tener patria en el tiempo.  
Y estos son los deseos: quedos diálogos  
de las horas cotidianas con la eternidad<sup>57</sup>.

Ya dijimos que fue Rilke el poeta de la soledad y del silencio. Huyó del ruido generado en su tiempo a la búsqueda de esos diálogos tranquilos en los que la intimidad encuentra un cauce propicio para la comunicación sincera y la confidencia. En las soledades compartidas cada hombre se convierte en su propia patria. Y es así que en lo más recóndito de uno mismo encontró Jorge Semprún su morada, que tiene el nombre leve del misterio humano: alma.

Estás ahí, el frío te va entumeciendo. El cuerpo empieza a vivir por su cuenta una especie de agonía muy suave y algodonosa. Pronto, dejas de sentirlo, o casi. O entonces, lo sientes fuera de allí, lejano, despegado de ti.

Se convierte tu cuerpo en un magma de tejidos y de vasos placentarios. Se ha tornado maternal, te mantiene resguardado, paradójicamente, en un capullo de entumecimiento protector. Y ya no eres más que la pequeña llama solitaria de la meditación, de la memoria: una morada apagada en la que solo brillase una lámpara tutelar. Sin duda, a eso se llama alma, si se gusta de las frases hachas<sup>58</sup>.

Allí, en medio del infierno desatado por los nazis, entre las alambradas del *lager*, comprendió el escritor dónde estaba su patria interior, expresada en esa bella imagen de la lámpara tutelar. La exterior, sin embargo, la que en tierra se sustenta y afirma, hubo

Europa, exceptuando los casos de Italia y Alemania.

<sup>57</sup> RILKE, Rainer María, *Nueva antología poética*, Espasa, Madrid, 1999, ed. a cargo de Jaime Ferreiro Alemparte.

<sup>58</sup> *Op. Cit. Aquel domingo*.

de alejarse para comprenderla. En curiosas reflexiones diserta el escritor sobre la lucidez que da la distancia, tomar algo de perspectiva, salir del ombligo donde uno cree estar seguro y cree saberlo, comprenderlo todo. Lejos de esa falsa sensación de protección y confianza lo propio se entiende mejor:

Volviendo a mi personal experiencia, recuerdo que a mi regreso de Sudamérica, tras una estancia de varios meses, un entrevistador me preguntó por mi impresión de aquel continente. Yo le respondí que sería una audacia por mi parte tratar de interpretar América tras una visita tan fugaz. El periodista me preguntó, sorprendido: “Su viaje, entonces, ¿no le ha servido de nada?” Y yo le respondí: “Este viaje me ha servido para descubrir Castilla”. Y, en efecto, Castilla, la Castilla de mis libros, solo he acertado a verla tal como es después de recorrer Europa, África y todo el continente americano. Y aún añadiría algo más: cada viaje me ayuda a percibir un nuevo matiz de Castilla, matiz que hasta ese momento me había pasado inadvertido<sup>59</sup>.

Curiosa es también la relación con la patria de una de las comunidades más religiosas y apegadas a su Dios: la judía. Fue su mismo Dios quien les prometió un suelo sobre el que edificar su patria y a lo largo de centurias se fueron dispersando al no verse su promesa finalmente cumplida. Pueblo errante y perseguido, se fue asentando por el mundo entre el recelo de sus vecinos y tras el último pogromo, el definitivo, tomó la decisión inapelable de construir esa patria sobre Israel, la supuesta tierra prometida. La patria soñada por los judíos se ha ido haciendo realidad en la segunda mitad del siglo XX. De nuevo Semprún nos ilumina al respecto. Asistió a la Reunión por el Comité internacional por la liberación de Eduard Kuznetsov, que había padecido los rigores del Gulag estalinista. En el Centro Cultural Judío del boulevard de Port-Royal, el 29 de enero de 1979, un judío, Jean-Pierre Vernant, se lamenta de otro infierno que padece el ser humano de religión hebrea y que no tiene que ver con el universo de los campos de concentración y exterminio, sino con la condición de quien es marginado y orillado a los bordes de la historia donde son expulsados los parias, los que nada tienen reconocido: ni

<sup>59</sup> *Ibidem*.



lengua, ni cultura, ni credo, ni derecho alguno. Por eso tienen que seguir recorriendo el camino que los lleve a una tierra donde ser reconocidos y donde poder asentarse como comunidad plena, con todos sus derechos y atributos. Esa “tierra lar” es Sión:

Pero Jean-Pierre Vernant hablaba de otro viaje al infierno aquel día de enero. Lo oías hablar de la condición judía en la URSS. Vernant decía más o menos que el estatuto nacional del judío en la URSS “consiste en despojarte de cuanto la noción misma de nacionalidad puede tener de positivo: eres judío, luego no eres ruso, luego no eres ucraniano y no gozas de los derechos de estos, pero al mismo tiempo se te niegan, por ser judío, los derechos positivos que forman parte de la nacionalidad<sup>60</sup>. No posees una cultura autónoma. Tu lengua no es reconocida. Tu religión no puede expresarse, y en este sentido, de alguna manera, no eres ni ruso ni ninguna otra cosa. No eres “nada”, o más exactamente, la única forma que tienes de llegar a ser algo es creándote una patria, o sea siendo sionista. Y hasta tal punto es así que para muchísima gente ser judío y ser sionista es una misma cosa.

Escuchabas aquellas palabras de Jean-Pierre Vernant, pensabas que tenía razón, mil veces razón, que el sionismo es, en efecto, una de las maneras —la principal, sin duda, en las épocas de desamparo masivo de persecución planetaria, de genocidio— de afirmar la identidad judía, de proyectarla en el porvenir, de arraigarla en la sangre del futuro, que no es el de la Tierra prometida, por supuesto, que es sencillamente el de una tierra, de una madre<sup>61</sup> patria —o, en el caso de Kuznetsov, que había escogido voluntariamente otra filiación judía, de una padre patria— de una tierra lar, en cualquier caso<sup>62</sup>.

<sup>60</sup> Similar a lo que ya vimos que ocurrió en la España de Felipe II en el capítulo “Cervantes y la tolerancia” y previamente con los reyes Católicos y el Edicto de Expulsión, en 1492, cuando muchos sefardíes hubieron de abandonar su patria para no renunciar a su fe. Cuando se establece una correlación entre patria o nación y credo único, muchos nacidos en la nación o patria quedan fuera, excluidos y han de errar en busca de otros territorios donde ser reconocidos o fundar su propia patria.

<sup>61</sup> De nuevo la personificación de la patria como madre, que ya comentamos en líneas anteriores y seguidamente la mixtura original con la idea del padre como patria, en un juego lingüístico sugerente que lleva a la creación de la expresión “padre patria”, verdaderamente sorprendente.

<sup>62</sup> *Op Cit. Aquel domingo.*

Paradojas de la historia, ahora esa comunidad con patria le niega la posibilidad de la suya a los pueblos vecinos y ocupa sus territorios, los rodea de muros o los hacina contra el mar Mediterráneo. El hombre, sujeto de la historia, se obstina en sus yerros y ni habiendo sufrido el sinsabor de la derrota previamente aprende a comportarse con la dignidad debida. Pareciera que toda patria necesitara construirse a partir del negativo de un enemigo, su contraste.

Terminamos, en fin, estas reflexiones sobre todas las distintas patrias que los escritores han expresado en sus creaciones, con una última idea apropiada para un final: la idea de la ruina. La patria en ruinas, en su ocaso, o la ruina misma como patria de quien siente la derrota del tiempo que todo lo anega y corrompe, porque somos solamente eso: criaturas esclavas del tiempo que a todos nos condena, tarde o temprano, a la ruina. Y si un poeta como Quevedo compuso aquellos célebres versos: “Miré los muros de la patria mía, / si un tiempo fuertes ya desmoronados / de la carrera de la edad cansados / por quien caduca ya su valentía”, el poeta salmantino Aníbal Núñez retomó este tópico de la ruina para cantar, en versos pulidos y virtuosos, la de los paisajes familiares de su vida en algunos poemas de *Alzado de la ruina*:

Altas, desatendidas celosías,  
miradores vacantes, patria apenas  
de palomas huidizas cuyo mensaje, roto,  
quién percibe lector de ajenas rúbricas  
de tinta desvaída sobre legajos secos:  
os hundís, la madera se echa a volar, cornisas  
agrietadas cobijan a malezas:  
y no en un día señalado —en que un ciclón convoque  
el polvo, los fragmentos— sino a todas  
las horas van cayendo de la altura  
las materias de un canto ya perdido  
hasta la calle, hasta los sumideros,  
no doblegando nada, no poniendo una flora  
sino accidentalmente y resbalando  
en la testa dorada y renovable  
de la hidra que, abajo, habita, mantenida